

construcción y los mejores mástiles: la resina es también un artículo de comercio muy apetecido: entre los productos de la Nueva-Zelanda no hay otro cuya exportación sea más considerable.

Dos condiciones principales parecen necesarias á la vida de este árbol: el aire húmedo y acre del mar, y un terreno seco y arcilloso; condiciones que reúne completamente la pequeña península septentrional.

El kauri no crece aislado, sino que se desarrolla en grupos y en parajes resguardados del viento: estos grupos son los que dan al bosque su fisonomía característica. Cuando desde una colina ó montaña se descubre un bosque, se distinguen perfectamente los grupos del *kauri* por su color verde oscuro. Sus copas dominan los otros árboles y forman densas sombras en las pendientes y en los valles. En diversos sitios se destaca en este fondo el verde claro del helecho que



Confluencia del Rangiríté y del Wiakato

crece con vigor en los parajes en que brotan los manantiales.

Los grupos tienen una extensión muy variable: unas veces ocupan muchas millas cuadradas, y otras se componen solamente de treinta ó cuarenta árboles, que hallándose así como en sociedad, se protegen mutuamente. Pero si se aclaran más dejando solo algunos árboles, no tardan en secarse. En vano han procurado los colonos en los anchos espacios que descujan para la agricultura y la cría de ganados, conservar algunos árboles aislados para adorno de sus viviendas; el hijo del bosque húmedo y sombrío languidece al punto que queda espuesto al sol y al aire.

Esta particularidad del pino kauri de no vivir más que en grupos, como si dijéramos en sociedad, hace también que los árboles de un mismo grupo ó de una parte del bosque sean comúnmente de una misma edad. Hay, pues, grupos de dos, cuatro y quinientos años, y la singular impresión que produce un bosque de *kauri*, consiste esencialmente en la regularidad de su forma, en que una columna vegetal se eleva al lado de otra de la misma altura y del mismo espesor, ni más ni menos que como las de un pórtico de palacio. El kauri no admite la compañía de otro árbol de distinta especie; tampoco crecen muchos arbustos á su sombra.



Bosque de kauris.

Los pinos jóvenes tienen un aspecto distinto de los viejos: éstos se parecen á nuestros abetos blancos, aquellos á los rojos. El kauri de sesenta á cien años tiene una copa cónica y aguda, alzándose el tronco recatamente: según adelanta en años, las ramas laterales se fortifican y producen por bifurcaciones una copa á manera de tienda. Pero el tronco, perfectamente cilíndrico, yergue bajo el cóncavo de verdura su magestuosa columna, cuyas bellas proporciones no alteran, como sucede á otros árboles, las ramas laterales ó las plantas parásitas. La vista puede seguir sin obstáculo las líneas puras del tronco hasta donde las vigorosas ramas forman entrelazándose una espesa bóveda de verde oscuro, al través de la cual brilla en pequeños puntos la luz del sol como estrellas de oro en la sombría espesura. Los troncos de 4 pies de diámetro, tienen una corteza de pulgada y media de espesor que se desprende como la de nuestros pinos. La época de la florecencia es el mes de diciembre: sus piñas son relativamente muy pequeñas, y se abren fácilmente cuando están secas. En el tiempo de la madurez, en fin de febrero, el bosque es visitado por una nube de pájaros que las despojan de sus piñones.

Los árboles mas añosos y gruesos tienen un diámetro de 5 metros y una circunferencia de 15: miden una altura de 33 metros hasta las ramas mas inferiores, y de 50 á 60 hasta la cima. Estos árboles pueden vivir seis ó siete siglos.

He citado su resina como un artículo de comercio muy buscado. Cuando resuda del árbol es de un blanco lechoso, tirando al ópalo: con el tiempo se solidifica, se presenta mas ó menos trasparente, y toma ordinariamente un bello color amarillo de ámbar. Las ramas del pino brillan con sus gotas de resina, pero sobre todo en la parte inferior del tronco, es donde se recoge una cantidad fabulosa de esta sustancia. Así en las capas superiores del terreno donde se extendía en otro tiempo algun bosque de *hauris*, se encuentra todavía resina en abundancia: no es raro encontrar acumulaciones que pesan mas de cien libras.

La explotación de estos árboles ha cambiado bajo muchos conceptos el aspecto del país. En las bahías y en los ancones separados, que no eran antes visitados sino que por las canoas de los salvajes, circulan hoy embarcaciones de todas clases: grandes serrerías construidas según los mejores métodos, se alzan en sus orillas; en los sombríos bosques, en los barrancos, en las montañas y los valles donde reinaba antiguamente un silencio de muerte, se oye ahora rechinar la sierra y golpear el hacha; hombres cuyos músculos han recibido un vigoroso temple en los bosques de California y del Canadá, escoceses é irlandeses y alguno que otro alemán perseguido por los rigores de la suerte, son los combatientes que miden sus fuerzas con el gigante del bosque. Por la tarde se ven colum-

nas de humo elevarse del hogar, y se oye referir mas de una terrible historia cuando, á la hora del reposo, se enciende la pipa y circula el vaso de mano en mano.

V.

Viaje al Waikato.

Mi viaje al interior de la isla, si se considera la estension recorrida (unas 700 millas inglesas ó 140 alemanas) no es una gran escursion; y sin embargo, cuando felizmente volví á Auckland me parecia que el viaje era incomparablemente mas grande y que escedia en dificultades al que habia hecho en las cinco partes del mundo atravesando 2,800 millas marinas; la diferencia depende únicamente de la manera y condiciones con que se ejecuta el viaje.

En los países europeos donde los ferro-carriles, los vapores y las fondas están á disposicion del viajero, donde hay guías que lo informan de todo, donde los caminos conducen á todas partes y donde todo se obtiene con dinero, cada uno puede según sus recursos y el objeto que se propone, viajar como le conviene; pero en la Nueva-Zelanda no pasa así; los caminos conducen actualmente solo á algunas millas de los pueblos situados cerca de la costa; además no hay que pensar en servirse de caballos sino para los largos viajes. En muchas comarcas, no solamente se carece de forraje, sino que las dificultades del terreno son tales, que lejos de serle útil, el animal seria mas bien un estorbo para el viajero. Casi todos los dias hay que atravesar montañas, rios de escarpadas márgenes, ciénagas y otros accidentes. Las veredas conducen rara vez á los valles y casi siempre á las cimas de los montes. Cuando penetran en los bosques que pueblan aun el interior del país, son de tal modo estrechas que apenas un hombre puede practicarlas. La vista acostumbrada á los bosques y montañas de Europa, difícilmente reconoce estos senderos: caballo y ginete correrian el peligro de caer en los hondos agujeros que dejan entre sí las raíces de los árboles y de estrangularse en los anillos de las enredaderas que tienen el nombre de *supple-jacks*. No hay mas recurso que viajar á pie, y es preciso tener un vigor incansable, una salud á toda prueba para resistir á las fatigas consiguientes á las largas escursiones por comarcas salvajes, por caminos mal trazados, por espesuras húmedas y parajes pantanosos. Todo lo que el viajero necesita debe llevarlo consigo, y por tanto limitarse estrictamente á lo indispensable. Puede suceder alguna vez que en la aislada casa del colono, ó bajo el techo hospitalario del misionero, goce á su paso de alguna de las comodidades de la vida civilizada; pero en general es menester renunciar á ellas y contentarse con vivir al aire libre, teniendo el cielo

por tienda y la tierra por mesa; en una palabra, con volver á las costumbres primitivas y á las sencillas necesidades del hombre de la naturaleza. Pero en esto justamente se halla la originalidad y el encanto indescriptible de un viaje en la Nueva-Zelanda.

Por lo demás, los indígenas son los mejores compañeros de viaje que encontrarse pueden. Yo tomé á mi servicio por todo el tiempo de mi escursion doce jóvenes vigorosos á razon de dos chelines y medio por dia y por persona.

En cuanto á seguridad, yo no conozco país salvaje donde menos peligro se corra: los ladrones y asesinos son aquí tan poco conocidos como los animales feroces y las serpientes venenosas; y como la naturaleza, que no ha creado aquí ninguna planta ni animal dañino, se muestra benéfica en todas sus creaciones, el indígena es tambien benévolo cuando la guerra ó el instinto de la venganza no desencadenan sus pasiones salvajes.

Las únicas plagas temibles son los mosquitos y las moscas de arena: los primeros, que los naturales llaman *waeroa*, no son otra cosa que nuestros cínifes, que hormiguean en los bosques, pero que huyen de las costas de la mar y los secos eriales de los helechos. En los meses de estío, no se pueden sufrir ni de dia ni de noche, desapareciendo completamente en invierno. Las moscas de arena, *ngamu* de los indígenas, al contrario, se hallan en mayor número en las costas; pero hay tambien en el interior del país, en las orillas arenosas de los rios y en los eriales; y precisamente cuando uno se ve libre de los mosquitos, es acometido por las moscas de arena, cuya picadura es mas sensible, pero no causa hinchazon. Como estos insectos desaparecen con el último rayo del sol, la noche á lo menos seria tranquila si no se tuviera que recibir entonces la visita de nuevos huéspedes, poco agradable por cierto; quiero decir, los ratones, que se encuentran aun en los parajes inhabitados y acuden en tropel en torno del campamento. Muy pronto se acostumbra uno á sentirlos correr sobre su cuerpo; pero hay que tener mucho cuidado con las provisiones de boca para preservarlas de su voracidad.

Si en estas islas la naturaleza es poco liberal para el sustento, en cambio ofrece para el bienestar del viajero dos cosas que se aprecian en el mas alto grado, cuando despues de una escursion por la Nueva-Zelanda, se viaja por otro país que carece de ellas. Es la primera el helecho (*pteris esculenta*) que abunda en todas partes y sirve de cama para el reposo de la noche: preparado convenientemente, es tan elástico y tan blando como el mejor lecho de pluma. La segunda es el lino del país (*formium tenax*) que puede reemplazar en todos sus usos las cuerdas, cordones y correas. Cuando hay que hacer líos ó paque-

tes, esta planta, que siempre se tiene á mano, es de una ventaja inapreciable. En fin, la dulzura del clima y la abundancia del agua y de la leña en todo el país, facilitan singularmente el viaje. No se tiene que sufrir frio ni calor, y las fiebres de los pantanos son absolutamente desconocidas.

Nunca se borrará de mi memoria el recuerdo de aquellos momentos en que fatigados con el trabajo del dia, reposábamos á la sombra de un bosque, junto á una fuente de dulce murmullo. Reunidos alrededor de un fuego chispeante, los indígenas comenzaban sus cantos de la noche; despues todo quedaba en silencio hasta el amanecer, que las aves del bosque, el *koko-rimoko* y el *tui*, hacian oír sus cantos matinales. Cuando recuerdo estas escenas, nuestras travesías en las canoas de los indígenas, nuestros descansos en los *phas* y nuestras escursiones á los sombríos bosques, desconocidos en nuestro hemisferio, experimento un profundo sentimiento de alegría, y es que los goces que nos proporciona la naturaleza son superiores á los de la vida civilizada.

El dia 7 de marzo nos pusimos en camino siguiendo el *Great south road* y llegamos el dia siguiente al pueblecillo maori de Mangatawhiri sobre el rio Waikato, que habiamos de subir en una canoa. Para llegar á este hermoso rio, se sube primero á una meseta que lo separa del abra Manukan del Waikato. Cerca de los arroyos que atraviesan esta meseta, se encuentran las últimas quintas; despues se penetra cada vez mas en la naturaleza salvaje. Desde las últimas alturas que preceden á Mangatawhiri, se descubre una vista magnífica sobre el Waikato. El camino era reciente, y los árboles cortados estaban aun atravesados en él. Soñreímos ingenuamente de la ocurrencia de un leñador que habia carbonizado un tronco gigantesco interceptando el paso: «*veinte y dos millas de Londres.*»

El pueblecillo de Mangatawhiri se compone de unas veinte chozas con un centenar de habitantes que viven con cierta holgura. Con ayuda de un inglés, han construido tambien junto á un arroyo que corre en las inmediaciones un buen molino que no ha costado menos de 400 libras esterlinas. El suelo volcánico del contorno es estremadamente fértil, y no falta en él ganado mayor ni menor. Así, pues, no era de esperar la horrible suciedad que encontramos en sus chozas: muchas estaban desocupadas, y quisimos escoger una para pasar la noche, pero estaban plagadas de carcoma. Por fin nos resolvimos á tomarla; y despues de haberla hecho limpiar... lo que tuvimos que sufrir toda la noche debo pasarlo en silencio. Para mí fue una buena leccion para no preferir nunca una choza maori á mi tienda.

Para festejar nuestra visita, las mujeres se adornaron con sus mejores galas, y pudimos distinguir